

LIBRO CINCUENTA Y OCHO.

Ladmiral.—Tentativa de asesinato en Collot-d'Herbois.—Cecilia Renault en casa de Robespierre.—Se la pone presa.—Discurso de Robespierre en la Convencion.—Fiesta del Sér Supremo.—Triunfo de Robespierre.—Irritacion de los comités.—Proyectos de los filántropos de la Convencion.—Decreto del 22 Prairial.—Altercados en el comité de salud pública.—Robespierre se separa de sus colegas.—Sus apuntes secretos sobre algunos miembros de la Convencion.—Conjuracion sorda.

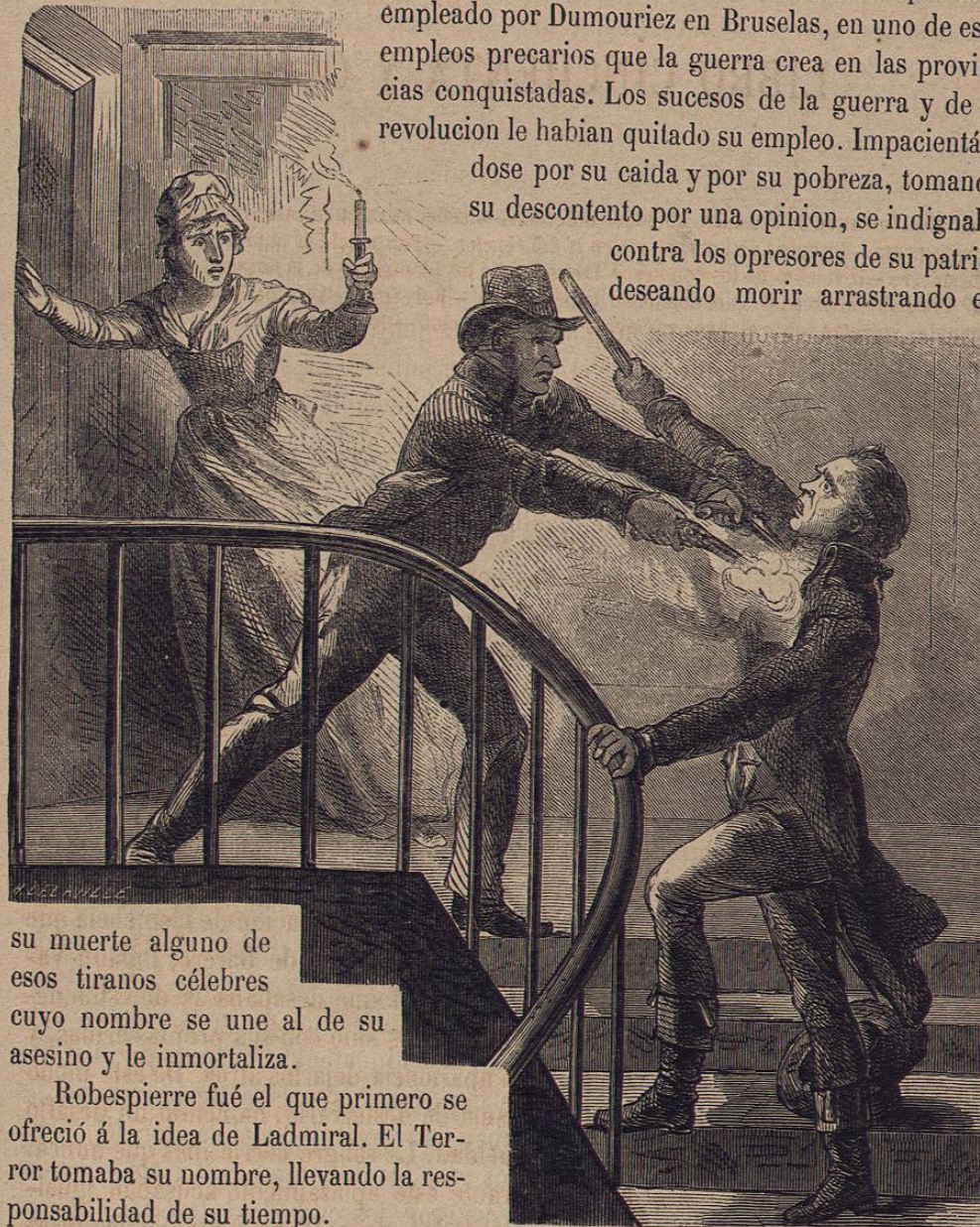
I

Las esperanzas de volver á la justicia y la humanidad concebidas en la sesion que acabamos de relatar fueron aplazadas por dos circunstancias accidentales, que impidieron á Robespierre poner de manifiesto sus proyectos y moderar el gobierno revolucionario, haciéndose superior á los comités. No se atrevia á intentar á la vez las dos empresas, porque una sola bastaria para comprometer su popularidad. Acababa de volverse contra el ateismo, y meditaba volverse contra el Terror; pero se creia obligado á acudir aún algunos dias á la dominacion de los terroristas, á fin de asegurarse de la fuerza de la opinion necesaria para hacer que cediesen todos sus colegas á su voluntad. Los comités estaban llenos de sus enemigos secretos, y sabia que estaban prontos á abusar contra él del menor síntoma de moderacion, y destruirle por la mano de la Montaña bajo una acusacion de clemencia que habrian hecho aparecer como traicion. Aparentaba delante de Barere, Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois y Vadier una inflexibilidad que desafiaba la de estos decenviros, no pudiendo en su pensamiento dominarlos sino con sus propias armas, y para volverse contra ellos era necesario en apariencia dejarlos atras. De este modo el Terror se redoblaba por la voluntad misma de desterrarlo, habiendo un desafio mutuo de sospechas, de proscripcion y crueldad. La sangre corria más que nunca. Las víctimas odiosamente sacrificadas durante este aplazamiento acusaban igualmente la barbarie de los unos y el disimulo de los otros. Dejar continuar las proscripciones sanguinarias para prevenirlas, siempre es proscribir.

Los comités sospechaban estas ideas de moderacion en Robespierre, y se complacian en confundirlas tomando su nombre por egida, y el temor de sus reprobaciones servia de pretexto á sus ejecuciones. Fué uno de los momentos en que aquel hombre debió descender con más remordimiento y con más humillacion en su propio corazon, y arrepentirse más dolorosamente por haber tomado una vía de sangre para conducir al pueblo á su regeneracion. Los hombres que habia lanzado le arrastraban á su vez; él les servia detestándolos.

Uno de aquellos aventureros que un destino vulgar arrastra en la miseria, y

que se creen hombres de importancia por la casualidad de los acontecimientos, acababa de llegar á Paris con intencion de matar á Robespierre. Se llamaba Ladmiral, y era natural de las montañas de Puy-de-Dome, en que ciertas almas son tan rudas y tan calcinadas como el suelo que las vió nacer. Habia pertenecido ántes de la revolucion á la servidumbre del antiguo ministro Bertin. Despues fué empleado por Dumouriez en Bruselas, en uno de esos empleos precarios que la guerra crea en las provincias conquistadas. Los sucesos de la guerra y de la revolucion le habian quitado su empleo. Impacientándose por su caida y por su pobreza, tomando su descontento por una opinion, se indignaba contra los opresores de su patria, deseando morir arrastrando en



su muerte alguno de esos tiranos célebres cuyo nombre se une al de su asesino y le inmortaliza.

Robespierre fué el que primero se ofreció á la idea de Ladmiral. El Terror tomaba su nombre, llevando la responsabilidad de su tiempo.

Ladmiral se habia alojado por casualidad al llegar á Paris en la misma casa que habitaba Collot-d'Herbois. Se provió de unas pistolas y un puñal; espío á Robespierre, esperándole dias enteros en los corredores del comité de salud pública. La casualidad hizo que no encontrase á su víctima. Cansado de esperarle, creyó que la fatalidad le designaba á otro. Esperó á Collot-d'Herbois en la escalera de su casa en el momento en que el autor de las proscripciones de Lyon volvia una noche de la sesion de los Jacobinos. Le tiró dos pistoletazos, faltándole el tiro en el primero. La bala, que pudo evitar Collot, fué á dar en la pared. Collot y su

asesino se asieron cuerpo á cuerpo en la oscuridad, lucharon y rodaron la escalera. La detonacion, los gritos y la lucha prolongada atrajeron á los vecinos, á los que pasaban por la calle y á los soldados de una guardia inmediata. Ladmiral se refugió en su habitacion, en donde se hizo fuerte y amenazó hacer fuego á los que intentasen forzar la puerta. Un cerrajero llamado Geffroy despreció aquellas amenazas. Ladmiral tiró sobre este hombre y le hirió gravemente. Cogido y arrojado al suelo por los soldados, el asesino fué conducido á la presencia de Fouquier-Tinville. Respondió que habia querido libertar á su país.

Al mismo tiempo, una jóven de diez y siete años, de aspecto infantil, se presentó en casa de Robespierre pidiendo obstinadamente hablarle. Traia una cestita en la mano, y su edad, su continente, la candidez de su fisonomía, no inspiraron desconfianza á los dueños de la casa. Le hicieron entrar en la antecámara del diputado, en donde esperó mucho tiempo. Por fin, la inmovilidad y la obstinacion de la extranjera despertaron alguna inquietud en las mujeres, que le intimaron que se retirase. Ella insistió en quedarse. «Un hombre público—respondió—debe recibir á cualquier hora á todos los que tengan necesidad de hablarle.» Llamaron á la guardia, prendieron á la desconocida jóven y registraron su cesta. Encontraron algunos vestidos y dos cuchillos pequeños, armas insuficientes para dar la muerte por una mano de niña. Conducida al comité revolucionario de la calle de las Picas, la interrogaron con el aparato y solemnidad de un gran crimen. «¿Por qué habeis ido á casa de Robespierre?»—le preguntaron. «Para ver—respondió ella—cómo era un tirano.» En esta respuesta afectaron ver la confesion de un complot. Implicaron la prision de la jóven con la tentativa de Ladmiral, esparciendo que estaba armada con un puñal por el gobierno inglés. Se habló de un baile de máscaras tenido en Lóndres, en que una mujer, vestida como Carlota Corday y blandiendo un puñal, habia dicho: «Busco á Robespierre». Otros pretendieron que el comité de salud pública habia hecho perecer al amante de esta jóven, y que el asesinato era una represalia de amor. Estas quimeras no tenian fundamento. El asesinato no era más que la imaginacion de una niña que tomaba un sueño por un pensamiento, y que iba á ver si la presencia de un hombre famoso le inspiraba el odio ó el amor; reminiscencia de Carlota Corday, vaga en su objeto é inocente como una puerilidad. Aquella jóven se llamaba Cecilia Renault, y era hija de un papelero de la ciudad. El nombre de Robespierre, repetido continuamente delante de ella por parientes realistas, le habia sugerido una curiosidad mezclada de horror por el hombre del dia. Sus respuestas manifestaban la ingenuidad y el candor del valor. «¿Por qué—le preguntaron—llevábais esos vestidos de mujer?» «Porque esperaba que me pusiesen presa.» «¿Por qué teníais esos dos cuchillos? ¿Queríais herir á Robespierre?» «No; nunca he querido hacer daño á nadie.» «¿Por qué queríais ver á Robespierre?» «Para asegurarme por mis propios ojos si el hombre se parece á la imágen que yo me habia formado de él.» «¿Por qué sois realista?» «Porque quiero más un rey que sesenta tiranos.» La encerraron, así como á Ladmiral, en un calabozo, y todo el artificio de Fouquier-Tinville se empleó en transformar esta niñada en conjuracion y en imaginar cómplices.

II

La noticia de estas dos tentativas de asesinato hizo estallar en la Convencion y en los Jacobinos una explosion de furor contra los realistas, de embriaguez para los diputados, y de idolatría para Robespierre. Collot-d'Herbois se engrandeció á



Prision de Cecilia Renault en casa de Robespierre.—Pág. 412.

los ojos de sus colegas por el peligro que habia corrido. El puñal parecia que habia señalado por sí mismo al pueblo la importancia de aquellos dos jefes del gobierno escogiéndolos entre los demas. El asesinato burlado fué en todo tiempo la dichosa fortuna de los ambiciosos. Parece que de este modo se convierten en víctimas ó en escudo del pueblo, y que la cuchilla de los enemigos públicos tiene necesidad de atravesar su corazon para llegar hasta el de la patria. Un puñal habia divinizado á Marat; la pistola de Ladmiral ilustró á Collot-d'Herbois, y el cuchillo de Cecilia Renault consagró á Robespierre.

La Convencion recibió á Collot-d'Herbois como el senado envilecido de Roma recibia á los tiranos protegidos por la clemencia de los dioses. Las secciones, cre-